
FLORESTA INFANTIL.

Periódico de niños de ambos sexos.

A continuación insertamos un artículo traducido del francés por un niño de 12 años.

AVENTURAS DE UN VIAGE

de Mme. Juana Adeline Wilson.

Nací en Alton el 12 de Junio de 1837 y tengo por consiguiente 17 años de edad. Tenia sobre 8 cuando mi familia abandonó á Alton para ir á establecerse cerca de Paris, pequeña ciudad de la provincia de Lemar en Texas. Al cabo de poco tiempo mis padres murieron con un dia de diferencia dejando trás de si seis niños huérfanos. Unos vecinos nos recogieron, y gracias á sus cuidados viví hasta el dia en que me casé con M. James Wilson, joven arrendador del canton y poseedor de una pequeña propiedad. Nos casamos el primer jueves de 1853; mi marido tenia 19 años, y yo apenas 16.

Habiamos oido decir que se enriquecia rá-

pidamente en California y esto nos dió la idea de ir á probar fortuna á aquel pais. Mi marido vendió nuestras tierras y hechos nuestros preparativos, nos unimos á una porcion de emigrados compuesta de 52 hombres, 12 mujeres y muchos niños. El equipage de toda esta gente iba en 22 carros. M. Enrique Hileman era el gefe de toda esta caravana.

Salimos del condado de Hunt el 6 de Abril ultimo dirigiéndonos á la ciudad del Paso.

Habiendo tenido mi marido algunas dificultades con nuestros compañeros de viage determinó quedarse en el Paso y esperar allí á que pasase alguna otra caravana de emigrados. Desgraciadamente los Megicanos nos robaron en esta ciudad y no nos fué posible pensar ya en ir á California, y resolvimos volvernos á Texas con el poco dinero que nos quedaba.

Partimos; y el primer dia, habiéndose separado un poco de nuestra caravana mi marido y mi suegro que nos acompañaban, cayeron en poder de los indios. Desde entonces no los hé vuelto á ver y temo no los hayan muerto. Asustada por la idea de emprender sin ningun protector el largo viage que me quedaba que hacer volví al Paso y allí estuve hasta el 8 de Setiembre en cuya época volví á tomar el camino de Texas acompañada de mis 3 jóvenes cuña-

dos, y de una pequeña caravana compuesta de 5 americanos y un mejicano.

La mayor parte del camino se hizo felizmente; adelantábamos creyendonos ya en salvo, pues no habíamos visto un solo indio desde nuestra partida. Tocábamos á las fronteras de Texas cuando uno de nuestra caravana robó 3 cabezas de ganado pertenecientes á uno de nuestro compañeros llamados Mr. Hart. M. Hart se lanzó en seguimiento del ladrón llevándose consigo el mayor de mis cuñados, jóven de 14 años; los americanos se unieron á ellos y me dejaron continuar el camino con los otros dos jóvenes y el mejicano; no estábamos entonces mas que á 3 jornadas del puesto militar de Montfánome y por consiguiente nos creíamos ya fuera de todo peligro.

Al dia siguiente hácia el medio dia, vimos de pronto 2 indios que nos atacaban de frente mientras que otros 2 nos atacaban por detrás. Esto nos atemorizó mucho; el mejicano se apeó de nuestro carro y marchó hácia los indios para ver si podia ganarse su amistad, y nuestras mulas espantadas por los gritos de los salvajes se descarriaron y echaron á correr cuanto podian; desgraciadamente una de ellas cayó y su caída obligó á las otras á detenerse. Los indios pudieron entonces acercarse á nosotros y man-

daron al mejicano que desunciera. En este momento me apeé del carro, presa de una congoja indefinible.

Después que desengancharon, los indios despojaron al mejicano de sus vestidos le ataron las manos á la espalda y le hicieron sentar en el suelo. Uno de ellos se acercó á él por detrás y le tiró un fusilazo, mientras que otro le pegó varias cuchilladas; el hombre cayó, y antes de haber muerto del todo le cortaron su cabellera y la colocaron en su propio sombrero del que uno de los asesinos se apoderó al punto. Yo estaba helada de horror asistiendo á este espantoso espectáculo y temiendo que hiciesen otro tanto conmigo; pero los indios seguros ya de no sufrir la menor resistencia, no trataron mas que de llevarse el botín. Nos hicieron subir en las mulas y nos mandaron que les siguiésemos, tomando la direccion del norte. Al anochechar pararon para establecer el campamento de la noche y entonces fue cuando se distribuyeron el botín consistente en cobertores, vestidos, provisiones y una pequeña suma de dinero que llevaba en el bolsillo; me quitaron mis vestidos y apenas me cubrian los que me dejaron. Mis jóvenes cuñados, de 12 años el uno y de 10 el otro, cayeron en suerte á distinto dueño y yo toqué á un 3.º en la distribucion. Debo mencionar que uno de nues-

tros raptos era un mejicano que los indios se habian llevado cuando niño y que se habia hecho tan salvaje como ellos. La cabellera de nuestro compañero la estendieron en unos palos y la pusieron á secar al fuego, nos dieron algunos pedazos de nuestras provisiones para cenar, y en seguida á fin de asegurar la tranquilidad de su reposo, los indios nos ataron los brazos y nos hicieron acostar á cada uno de nosotros entre 2 de ellos.

Júzguese de si pegaria los ojos poscida de la idea de que iba á ser asesinada.

Al dia siguiente se ocuparon en transformar á mis jóvenes cuñados en indios, para esto les pintaron el rostro, les colocaron los cabellos á la usanza india, les proveyeron de arco y flechas y les hicieron montar á caballo; parecia que aceptaban con bastante voluntad su nuevo estado, y esto fué probablemente la causa de que no los tratasen tan cruelmente. Por lo que á mi toca, al momento me cortaron mis cabellos que eran hermosísimos y muy largos, y no solo lo sentí mucho, por ver adornada con ellos la cabeza del cruel gefe de los salvages, sino porque así me veia espuesta sin proteccion á los ardores del sol.

Nuestro viage se continuó, y durante 12 dias no encontramos á nadie al 12.º dos

nuevos indios y una muger se unieron á nuestra caravana y estos son solamente los que ví hasta el día de mi fuga. Antes de este encuentro habia sido víctima de muchos malos tratos, pero desde este momento, mis sufrimientos se aumentaron hasta el punto de ser intolerables. La muger india de quien yo esperaba alguna compasion, fué, al contrario, la causa de las nuevas crueldades á que fuí sometida.

Me retiraron mi caballo, y me obligaron á montar en una mula que no estaba todavía domada y que ni siquiera tenia brida. Tenia una silla y me la quitaron. La mula á quien no habia medio de gobernar, probaba sin cesar á hacerme saltar por encima de su cabeza, y para escitarla mas, el gefe encontraba un barbaro placer en venir á ajitar delante de ella la cabellera de nuestro pobre mejicano; el salvaje animal así escitado, se encabritaba muy violentamente y daba saltos tan desordenados que al momento se desembarazaba de mi. Me tiraba por tierra 5 ó 6 veces al día y una vez casi tan rudamente que estuve sin movimiento por espacio de algunas horas. Mis frecuentes caidas divertian mucho á los indios y sus horribles carcajadas aumentaban mi suplicio.

Cuando el dolor de mis contusiones me impedia el volver á montar con agilidad, me

daban de latigazos ó con la culata de sus fusiles; y sus golpes caian sobre mi cuerpo apenas protegido por algunos harapos. La muger, mas cruel todavia que los hombres, me pinchaba frecuentemente con una lanza. El terror á semejante tratamiento se aumentaba para mí por el estado en que me hallaba, pues estaba en cinta de varios meses y cada una de mis caidas amenazaba mi vida. Los indios se apercibieron de mi estado, pero ni aun esto despertó en ellos ningun sentimiento de compasion.

Por las noches cuando se detenian en el campamento, me empleaban como una esclava en los trabajos mas penosos, me hacian llevar pesados troncos de árboles sobre mis espaldas, y como apenas estaba vestida, me desgarraban las carnes de tal modo que la sangre chorreaba hasta el suelo. Me habian asignado el cuidado de los animales, y por la mañana debia reunirlos en cuanto levantaban el campamento para continuar el viage. Si sucedia que alguno de ellos mas indócil que los otros, se me escapaba antes de la partida, tenia que soportar mil trabajos antes de alcanzarle, dejaba los restos de mis vestidos entre los zarzales, y á la vuelta me golpeaban hasta cansarse, en castigo de mi descuido.

Algunas veces el exceso de mi fatiga y los dolores causados por mis heridas, me impe-

dian ejecutar rápidamente las órdenes que me daban: entonces me daban de latigazos hasta que la piel me se levantaba, me tiraban de todos lados piedras, capaces de aplastarme: ó bien me echaban por tierra. El feroz gefe indio parecia deseoso de hacerme pedazos y el furor le trasportaba á veces hasta el punto de hacer pasar sobre mi las bestias, cuando yacia sin movimiento en el suelo; pero felizmente para mi los caballos, por un instinto natural apartaban sus pies de un cuerpo humano que allí veian.

A más de todos mis trabajos, sufría frecuentemente las angustias del hambre; los salvajes vivian de su caza, y cuando era abundante me dejaban comer bastante, pero ordinariamente no me daban apenas con que sostenerme, y una vez no me dieron nada en 2 dias. Cuando mataban alguna pieza de caza, les sacaban inmediatamente el corazon y las entrañas y todavia ensangrentadas la devoraban. Estas comidas de carne cruda me los presentaba en toda su deformidad y aumentaba mi horror hácia ellos.

La sed me la habian impuesto tambien como suplicio, sin que para ello tuviesen un pretexto, pues que á cada momento atravesabamos hermosas corrientes de claras y límpidas aguas y no tenia mas que bajar de la mula para apaciguar mi ardiente sed;

pero ni aun este pequeño placer me otorgaban. Por lo demás ninguno de los tormentos imaginables escaseaban para conmigo tan feroces hombres.

Cuando la mula se volvió lo bastante apacible para no tirarme al suelo, me la quitaron y me hicieron seguir á pie; los caminos eran pedregosos, llenos de espinas, y mis pies se inflamaron y paralizaron de tal modo que me hacían la marcha difícilísima; pero los incessantes golpes estimulaban mis esfuerzos. Andábamos ordinariamente desde las 4 de la mañana hasta las 4 ó las 5 de la tarde: en los primeros días por la noche la temperatura era muy apacible; pero bien pronto vino el otoño con sus lluviosas y frías noches, y obligada á acostarme en el suelo y fuera de la tienda, los momentos de reposo eran contados para mí, y á la mañana siguiente volvía á emprender mis rudos trabajos y mi estenuante marcha. ¡¡Ah!! cuantas soledades han oído mis inútiles quejas, y en cuantos de sus caminos se han impreso las huellas de mi sangre!....

Andaba tan despacio que al cabo de algunos días tomaron la costumbre de hacerme abandonar el campamento antes que nadie á fin de darme tiempo de tomar la avanzada. El gefe me indicaba la dirección que debía seguir; yo partía, y la caravana me

alcanzaba siempre antes que hubiese andado algun trecho. Entretanto esta frialdad en la vigilancia de los judios daba nuevas fuerzas al pensamiento de escaparme y que hacia tiempo que me daba que hacer, aunque no tenia la esperanza de encontrar alguna colonia amiga; pero queria al menos privar á los indios del placer de asietir á mi agonía.

Una mañana del trigésimo 5.º dia de mi cautividad, me enviaron antes siguiendo la costumbre establecida. No me habia desayunado todavia y me sentia muy débil, pero la idea de mi emancipacion me sostenia y me daba una energia extraordinaria. Me apresuraba cuanto podia para adelantarme bastante, y habiendo encontrado un sitio cercado de árboles espesísimos, abandoné el camino y me interné en los zarzales y allí me oculté sin atreverme á moverme por espacio de algunas horas.

Desde entonces no he vuelto á ver á mis raptores.

Habia escapado de los indios; pero no por esto me hallaba en salvo; pues me encontraba sola, sin provisiones, casi desnuda, y distante algunos centenares de millas de las mas próximas colonias; mi cuerpo estaba cubierto de heridas y mis ensangrentados pies apenas podian sostenerme. Las fie-

ras vagaban á mi alrededor y las bandas de salvajes mas temibles para mí que las mismas fieras, atravesaban sin cesar todo el pais circunvecino. Añádase á todo esto, el invierno aproximándose á grandes pasos y la estacion, y júzguese de mi situacion.

No perdí por esto el valor; estuve 3 dias oculta en los zarzales; manteniéndome de algunas pequeñas bayas negras que maduraban en las ramas; después me dirigia á un bosquecillo de grandes árboles y en medio de ellos empecé á construirme una cabañita con ramullas y cespéd. Viví allí 9 dias continuando mi manutencion con bayas negras, y apagando la sed en un arroyuelo cercano de mi retiro. Esplotando con prudencia los alrededores de mi cabaña, pude reconocer que los indios habian rebuscado en las cercanias para encontrarme, pero me habian visto partir en un estado tan deplorable que mejor debieron creer mi muerte que mi huida, y esto sin duda me puso al abrigo de nuevas diligencias por su parte, de las que tal vez no hubiera podido escapar.

Entretanto mi posicion se agravaba cada dia; mis heridas me hacian sufrir cruelmente, estaba como un esqueleto y perdia las fuerzas cada vez mas por la falta de alimentos; mi cabaña edificada por débiles manos, carecia de solidez y me ofrecia un

abrigo muy insuficiente; durante 7 días que duró una lluvia espantosa, no logré un momento de reposo, pues el agua se abrió paso por el mal unido lecho y estaba realmente empapada. Los lobos venían á vagar al rededor de mi pobre cabaña y aumentaban el temor á todos mis dolores; se volvieron mas audaces á medida que pasaba tiempo y algunos de ellos me seguían cuando por la mañana bajaba al arroyuelo á beber; felizmente me era conocida la cobardía de estos animales y en lugar de mostrar temor, hacia gestos y daba gritos; así conseguí siempre el espantarlos y hacerles huir.

El dozavo día despues de mi buida al salir de mi cabaña, apercibí una porcion de hombres que seguían el camino del bosque. Subí á una pequeña eminencia á fin de examinarles bien y asegurarme si eran indios ó emigrados. Mientras que estaba en observacion me descubrieron 3 que venían á vanguardia; vinieron en seguida hácia mí y reconocí con alegría que eran mejicanos, era una caravana de mercaderes, que en número y bien armados iban á comerciar con los camanchos. En cuanto les di á conocer mi situacion, me ofrecieron llevarme con ellos y abandoné con un inesplicable sentimiento de gratitud hacia Dios aquella miserable

cabaña en donde creia ver mi tumba los dias anteriores.

Los mejicanos despues de haberme dado de comer, me dieron una manta y unos vestidos de hombre, y me encontró de este modo caliente y convenientemente vestida: me hicieron subir en uno de sus carros y la carabana continuó su camino. Dos dias despues de este inesperado encuentro, apercibí con espanto, dirigiéndose hacia nosotros una porcion de camanchos; los mercaderes creyeron peligroso el que me viesen y me dejaron en un barranco bajo palabra de venir á buscarme por la noche.

Estuve allí echada sin osar moverme; vino la noche y nadie pareció. Despues de dos horas de observacion, juzgué prudente el ir á incorporarme al campamento mejicano. Hacia la media noche, cuando iba buscando direccion en los cañaberales un indio camancho pasó algunos pasos de mí: la sangre se me heló en las venas; si este hombre me viera estaba inevitablemente perdida.... no me vió!... Me eché al suelo boca-abajo y esperé el dia.

Por la mañana miré con precaucion á mi alrededor, y tranquilizada por la soledad, volví á tomar el camino del campamento: antes de haberlo divisado encontré uno de los mejicanos ocupado en reunir el ganado: este

bombre llamado Juan José, ha contribuido mas que ningun otro á hacerme recobrar mi libertad. Me dijo que el campamento de los mejicanos estaba lleno de camanchos, y me aseguró que si me veian seria imposible salvarme, me hizo echar en el suelo, me cubrió con yerbas secas y se marchó.

Estuve así todo el dia, y á la noche arrastrandome por el suelo llegué hasta un arroyuelo para apagar mi intolerable sed. Juan vino hacia media noche á traerme un pedazo de pan, y me dijo que era preciso estar oculta todavia todo el dia siguiente. Aquel dia fué aun un dia de congojas, pues oia pasar y repasar á mi alrededor los terribles camanchos, y mi corazon latia de terror al escuchar los gritos que daban para llamarse los unos á los otros. Juan vino otra vez á la noche y me traia la mas triste noticia: los mejicanos no habian creido prudente llevarme mas adelante; me obligaron á que esperase su regreso, que debia ser dentro de 7 ú 8 dias. Esta decision colmó mi desesperacion; tenia que permanecer sola todavia una semana, ó mas, en un pais en que tantos peligros me amenazaban. Me sometí á ello; pero cuando vi á lo lejos desaparecer la caravana, me pareció ver desvanecerse mi última esperanza.

Esta vez ví la muerte muy de cerca, pues

la estacion se habia vuelto tan destemplada que creí morir de frio. Cerca del barranco en que habia estado dos dias apercibí las ruinas de una cabaña á la que los indios habian pegado fuego. Este fuego ardia todavia, no me era difícil sostenerlo, y su accion bienhechora me ha conservado la vida.

Me habia arreglado una vivienda en el tronco hueco de un gruesísimo algodouero, y habiendo tapado la entrada con ramas y musgo, estuve allí hasta que el frio se hacia insoportable; entonces me deslizaba cerca del fuego; pero no sin estar muy asustada por la idea de que algun indio me descubriese, lo cual me espantaba mas que el ser devorada por los lobos.

Esperaba el octavo dia con una ansiedad indecible y pasó todo él sin que los mercaderes pareciesen. Hacia la tarde noté con desesperacion que me quedaba muy poco pan del que me habia dado Juan, y como las moras no estaban maduras, ví abierta la horrible perspectiva de la muerte.

Algunas horas se pasaron en estos terrores; de repente oigo voces de hombres que se llamaban unos á otros: escucho: reconozco palabras españolas; eran los mejicanos! Habian vuelto! Salí á toda prisa de mi escondrijo y me arrojé en los brazos del primero que encontré. No tardó Juan en venir, y me espli-

có que sus gritos habian sido porque no sabian en el sitio en que me habian dejado. Todos los mercaderes me rodearon, me dieron un buen caballo, y recibí de todo el mundo testimonios de benevolencia en el resto de nuestro viage.

Al 34.º dia de nuestra marcha estábamos junto á Pecos; allí encontré el mayor Charleston y M. Adam de los Estados unidos: se tomaron el mayor interés por mi situacion; y gracias á la officiosidad de madama Adam pude combiar mis vestidos de hombre por unos suyos.

Despues de haber descansado unos dias en Pecos, me llevó á Sta. Fé, el hijo del Gobernador Meriwether, y allí tuve una acogida por parte de M. Meriwether y de las damas americanas á que no puedo estar bastante agradecida.

En fin todo lo que acabo de referir me pareceria una horrible pesadilla sin la pérdida, demasiado real de mi esposo y el sensible rapto de mis cuñados. CARLOS VILA.

LOS BUENOS HERMANOS.

I.

Consuelo en el infortunio.

El mes de Noviembre de 1840 tocaba á

su fin, cuando contemplé á una familia sumamente afligida que moraba en un lugar de la provincia de Teruel. Componíanla, madre y cinco hijos, entre los que se hallaban Juan y Adelaida, ambos de mayor edad que los tres restantes.

Todas las noches rezaban el santo Rosario que aquella dirigia teniendo sentaditos alrededor suyo á los cinco hijos que miraba como á otros tantos tesoros. Abundantes lágrimas se deslizaban por las pálidas mejillas de todos durante esta práctica solemne y religiosa: algun dolor debia atormentarles.

Y ¿acertareis, queridos míos, la causa que tenia á esta familia sumida en tanto desconsuelo? La falta de recursos con que sustentarse me responderéis; pero nó, hijos míos, nó: no era esta la única causa que afligia á aquellos desgraciados; tenían otra que les atormentaba sin cesar y de un modo mas cruel; pues do quiera que estuviesen divisaban la imágen de su querido padre que, atacado de una fuerte enfermedad, habia sucumbido hacia pocos dias.

Y para todo habia, queridos; pues la pérdida de nuestros padres aleja de nosotros todo lo bueno, todo lo dulce, todo lo cariñoso. Dios quiera que no tengais que llorarla en vuestra juventud!

La desconsolada madre se hallaba siempre llorando la muerte de su querido esposo y la fatal suerte de sus hijos que con ella veía sumidos en la mayor miseria, si por casualidad les faltaba una pensión de 7 reales diarios que les correspondía por haber sido el difunto individuo de una sociedad bienhechora.

Tres meses habían trascurrido cuando esta familia recibió una comunicación en la que se les hacía saber el derecho que tenían á la pensión, con cuya noticia cesó en algúntanto la zozobra que les atormentaba.

Era un día en que para comer habían gastado el último cuarto de sus fondos, y la Divina Providencia tendió sobre ellos su mano bienhechora: cobraron la primera pensión!

Contaba entónces Juan 14 años de edad, y 16 Adelaida: los demás hermanos eran todavía muy niños, pues el mayor tenía 6 años y medio. Todos vivían adictos y obedientes á los mandatos de su madre á quien respetaban y querían cual se debe á una persona que representa á Dios sobre la tierra: hasta entre ellos mismos se observaban las respetuosas consideraciones que los inferiores deben guardar á los superiores. Vivían tranquilos y siendo el encanto de las demás familias del lugar, y solo les atormentaba la falta de su querido padre, que

sufrían con resignación como trabajo que el Cielo les había enviado. Mas, ¡oh fatalidad!

No había transcurrido mucho tiempo cuando fué acometida la madre de una enfermedad que sumió á la familia en la mas completa desventura.

¡Desgarrador era el cuadro que se ofreció á mi vista al contemplar á los niños que besando la mano de la madre, le decían.!

— «¿Qué le duele á V. madre?»

— «Nada, hijos míos, respondía con las lágrimas en los ojos: quizás Dios nuestro señor quiera darnos algun trabajo.»

— «Pero, madre mia, ¿no nos ha dado ya bastantes con privarnos de nuestro querido padre?»

— «Mirad, hijos míos, les decía: ya sabéis que Dios todo lo tiene presente; pues bien, quizá si yo no hubiera estado enferma en esta cama hubiera tenido por ahí alguna desgracia que habria aumentado mi dolor y vuestra tristeza; y para evitarla habrá determinado la Providencia tenerme aquí postrada. Por esto, hijos míos, no os aflijais, tomadlo con paciencia; mas padececió por nosotros Jesucristo..... Sí..... sí, tomad con resignación cuantos trabajos os envíe: sufrid gustosos las penalidades de esta vida; pues regularmente sirven para evitarnos mayores males.»

Estas palabras de la madre calmaron en algun tanto el dolor de los hijos y les convencieron de cuanto aquella les decía. Y no podia menos de ser así, lectores míos, por que sabido es, que solo venimos al mundo á ganar el gran tesoro que se nos guarda en el otro. Si nuestras obras, si nuestros méritos merecen la gloria que el Criador nos tiene preparada, la recibimos, gozamos para siempre: pero si nuestros méritos son de poco valor, no podemos recibir galardón tan precioso. Pero volvamos á nuestro asunto.

La enfermedad de la madre tomaba á cada instante mayor incremento; aproximábase la hora postrera de su vida. Juan y Adelaida no abandonaban un solo momento la cabecera de la cama, en donde permanecian dia y noche para suministrar á la enferma los alimentos y medicinas. ¿Qué no hariais vosotros por vuestra madre?

La de estos niños se hallaba muy contrita por considerar que si moria, era así la voluntad de Dios que siempre hemos de acoger sumisos y gustosos. No obstante suspiraba sin cesar, y levantando sus ojos al cielo, decia:

—¿Qué será de vosotros, hijos míos, quedando en este mundo sin parientes? ¿Quién os cuidará?... si yo falto ¿quién os dirigirá? ¡Ah!.....»

Estas voces impresionables como las de todo moribundo desconsolaron á los cinco hijos que habian ido por última vez á besar las descarnadas y amarillas manos de la enferma, que regaban con ardientes lágrimas. Nunca he sufrido tanto como en aquel rato en que no se oía en la humilde habitacion mas que la fatigosa respiracion de la moribunda y el triste eco de los sollozos.

Juan al fin rompió el silencio y dijo:

— «Pero, madre, tenga V. confianza en el Señor como nosotros la tenemos, ya querrá que se ponga buena.»

— «No, hijo, no desconfío porque eso sería adelantarme á sus sabios designios; pero me parece que la enfermedad acaba conmigo.»

Entonces, Juan, sollozando y con una trémula voz que parecia salir de lo mas hondo de su corazon, añadió:

— «No os aflijais, madre mia, no querrá el cielo darnos suerte tan fatal; pero si así fuese yo trabajare para ellos, yo procuraré estudiar ó emprender cualquier oficio para poder cuidar á mis hermanitos como si fuese su padre.»

— «Y yo, añadió Adelaida, haria de cariñosa madre.»

Estas palabras nacidas de un puro amor fraternal reanimaron á la moribunda, que,

á las pocas horas despues de haber recibido la extrema-uncion, exhaló el último suspiro.

II.

Digna determinacion.

La pensión recayó sobre los huérfanos.

Juan y Adelaida habian frecuentado la escuela desde muy niños en la cual ambos eran un modelo de aplicacion y un tipo de bondad. Habian oido varias veces á sus maestros hablar del amor que debian á sus hermanos y de la obligacion que tenian de cuidarlos si fuese necesario; por lo que, viéndose precisados, trataron de poner en ejecucion aquellas máximas.

Juan demostraba una gran aficion á los estudios eclesiásticos; pero conociendo que en el pueblo donde se hallaban le era imposible seguirlos, y que tampoco bastaba la pensión que disfrutaban para mantenerse de posada en donde pudiera estudiar, so pena de quedar sus hermanos sin sustento, determinó consultar con su hermana un pensamiento que habia concebido.

Nueve meses se habian contado desde el fallecimiento de la madre cuando al anochecer un dia del mes de Agosto se hallaban todos los hermanitos en la cocina donde se disponian á comer una frugal cena que Ade-

laida habia preparado. No bien se habian sentado á la mesa cuando de improviso dice Juan:

«Adelaida, una cosa habia pensado sobre la que mi imaginacion se ocupa hace bastantes dias.»

«¿Si? respondió esta; pues yo tambien estoy meditando sobre otra, y....»

«Quizá sea la misma», replicó Juan; pero... en fin, luego hablaremos. Cenemos ahora y despues de haberse acostado los hermanos veremos.»

Asi lo hicieron y despues, solos Juan y Adelaida entablaron el siguiente diálogo:

— «¿Sabes lo que pienso? la dijo aquel; que en este pueblo no haremos cosa alguna que proporcione á nuestros hermanos ni á nosotros una subsistencia segura. Mañana ú otro dia puede faltarnos la pension y hémos entonces perdidos. Ya sabes mi vocacion para seguir la carrera eclesiástica. Yo bien he aprendido la gramática; pero esto no me basta, si es que indispensablemente tengo que estudiar Filosofia y Teología: aquí no puede ser, por lo que necesitamos que yo vaya á alguna poblacion donde pueda estudiarlas.»

— «Y cómo haremos, Juan, respondió la hermana. Tambien yo pensaba lo mismo; pero siempre venia á parar en que la pension que tenemos no bastaria ni aun para

sostenerte de posada: Si yo quedase sola Dios me asistiría, y cosiendo puede ser que me ganase para comer un bocado de pan; pero... ¿y los queridos hermanos?»

—¡Ah! replicó Juan: ya lo veo todo, hermana... Calla, una cosa me ocurre. ¿Si me admitirían en alguna casa para criado en donde me diesen de comer y dejasen estudiar, como otros han conseguido? Pero... ya sabes que D. Prudencio, nuestro tío, ha estado tanto tiempo trabajando en Zaragoza con ese mismo fin y nada se ha conseguido.»

—¡Ay, Cielo santo! exclamó Adelaida llorando; qué no haría yo para que Juan pudiese estudiar con el objeto de que algún día fuese el protector de mis hermanos!

Los dos guardaron unos minutos de profundo silencio hasta que Juan continuó:

—«Mira, hermana, no encuentro otro medio mas á propósito que el marchar todos á Zaragoza en donde podre estudiar, para lo que podremos escribir á nuestro tío Prudencio diciéndole que nos busque una habitación de poco precio. Allí trataremos de comer gastando cuatro ó cinco rs. diarios, y con lo restante y algo que yo pueda ganar á escribir, tendremos para poder subsistir, y así ire progresando en mi carrera.

—«No me parece mal, respondió Adelaida, como sorprendida; y... oye, oye Juan, aña-

dió: y yo ¿no podría también coser alguna camisa para ayudar á los gastos con lo que me pagasen?»

—Ya lo creo, respondió este. Pues le escribimos al tío, él nos buscará habitación, y con esos dineros que tenemos ahorrados podemos hacer el viaje.»

Con este dictamen fuéronse á dormir Juan y Adelaida, y al otro día escribieron á su tío con el objeto dicho. Hicieron sabedores del proyecto á los demás hermanitos quienes le acogieron sumisos y contentos; y habiendo recibido contestación á la carta en la que les manifestaba haberles buscado habitación, dispusieron la marcha.

Ya veis queridos lectores, la conducta de estos virtuosos hermanos: considerad con qué rectitud discurrían; pues habeis de saber que también los jóvenes pueden tener el juicio bastante desarrollado para comparar y deducir acertadamente. Imitadlos!

III.

Cumplimiento de una oferta.

Era uno de los días del mes de Octubre del año 1844, cuando la virtuosa familia de quien os hablo, hizo su entrada en la ciudad de Zaragoza.

Su tío Prudencio les esperaba en la puer-

ta de la casa donde tenían la habitación, el que después de haberles ayudado á descargar y subir el mueble, marchó; porque sus ocupaciones le llamaban.

Aquella noche durmieron todos en varios colchones que tendieron sobre el suelo; pues en el pueblo habían vendido los bancos y tablados de las camas para evitar gastos de transporte.

Llegado el tiempo matriculóse Juan en la universidad. Dos ó tres meses después fué buscado para escribir en una oficina por cuyo trabajo le daban 3 rs. diarios, quedándole además tiempo para estudiar.

Adelaida se ocupaba principalmente en guisar y cuidar de la casa y de sus hermanos como una cariñosa madre, no sin ganar también algunos cuartos cosiendo cuando tenía tiempo vacante.

Mirad, si valió á estos el haber sido aplicados en la escuela.

Juan seguía sus estudios, pero le dolía muchísimo el que los otros hermanos no emprendiesen alguna carrera ú oficio. Conocía que había ofrecido á su querida madre cuidar de ellos, y quiso cumplir su oferta. Al efecto preguntóles un día cuál era la ocupación que querían abrazar.

—«Yo, dijo uno de ellos, quisiera aprender á ebanista; porque gozaria mucho en sa-

ber hacer esas camas, esas mesas y todas esas cosas tan bonitas.»

—«Ahora me toca á mi, dijo el otro; yo me acuerdo todavía de las cuentas que me enseñaba el Sr. Maestro, y quisiera imponerme mejor en ellas para ver si podía colocarme en alguna oficina de comercio.»

—«Bien, respondió Juan: pues tu, prosiguió dirigiéndose al mas pequeño, eres todavía muy niño para elegir carrera: irás á la escuela y aprenderás á leer, escribir y demas.»

Vivian estos niños como ángeles, todos adictos y obedientes á Juan y Adelaida, á quienes miraban como padres: pasaban el tiempo pacífica y aprovechadamente siendo un tipo de aplicacion en sus respectivas clases, y un modelo de bondad en todas partes.

La necesidad me obligó, queridos, á perder de vista á esta familia hasta el año 1854, en quo tuve el placer de tratarla otra vez, habiendo encontrado á Juan hecho un virtuoso eclesiástico; el ebanista y el comerciante habian fallecido poco tiempo despues de mi separacion; el mas pequeño estudiaba para escribano con los recursos que su hermano Juan le proporcionaba, pues la pension les habia saltado; y Adelaida sigue al lado de este, no trabajando tanto como antes,

sino disponiendo en su casa y dirigiendo á una criada que tienen para que la descansen de sus trabajos pasados.

Ahí teneis, queridos lectores, una breve reseña de la vida de estos hermanos que, aun cuando han sido victimas de varios reveses de la fortuna, han sabido buscar su bienestar, merced á su buen comportamiento y á la proteccion que por sus virtudes les ha dispensado la Providencia.

Imitad, pues, queridos míos tanto la honrosa conducta de Juan y Adelaida como la de los demas hermanos: que vuestras obras lleven siempre consigo la aprobacion del Omnipotente; y estad seguros que si por estos medios no llegais á conseguir un bienestar en este mundo, será porque no os conviene; pero al menos se os destinará un sitio de innarcesible gloria en la mansion de los querubes.

JULIAN LOPEZ.

Niños que han resuelto todos los ejercicios del n.º 7 y que nos los han remitido.

D. Eduardo de España, Francisco Val y Gotor, Pantaleon Franco, Pedro Artago, Hermenegildo Lasheras, Eloy Villar, Pedro Gainza, Severiano Nogués, Angel Franco, Benito Magdalena, Joaquin de Loraque y Natalio Alcaide. Debemos añadir para sa-

latisfaccion de los niños cuyos nombres preceden que nos han gustado mucho sus trabajos, y que es el mejor medio de corresponder á los desvelos de los profesores que los dirigen.

Han resuelto tambien todos los ejercicios del mismo número.

D. Mariano Alfonso, Alejandro Barber, Camilo Marcen, Felix Ainsa, Mariano Gonzalez, y Cipriano Oca.

NIÑAS. Petra Alastuey.

Charada y problemas.

D. Carlos Vila, Leopoldo san Martin, Mariano y Juan Gascue, Ciro Warleta, Luis Marraco, Eusebio Blasco y Mariano Sanchez Muñoz.

Análisis Gramatical y contestacion á la pregunta.

D. Manuel Lacasa y Andrés Ripollés.

Análisis Gramatical

D. Mariano Lacorreta y Santos Anaños.

Solucion á la charada de la Floresta núm. 7.º

Si me acompaña la musa
Resolviendo la charada

Con gusto lo haria en verso
Aunque mucho cabilara.

La produccion mas hermosa
Que nos dá la primavera
Son las *flores*, cosa linda
Que la vista nos recrea,
Cuya palabra componen
Las dos sílabas primeras.

De las cuatro operaciones
Que la aritmética cuenta
La tercera que se nombra
Con el título de *resta*
Ocupa en esta charada
Sílabas segunda y tercia.

La *flota* que se compone
De la primera y tercera,
Es conjunto de navios
Que conducen las riquezas
De un país á otro, y se dice,
Que España fué la primera.

En sentido figurado
Mucho á los niños recrea
El todo de esta charada,
Y cuanta instruccion encierra!
En el campo y en periódicos
Siempre es útil la *FLORESTA*.

Concepcion Pellegrero.

==

La han resuelto tambien D.^a Pilar Royo,

Constancia Fondevilla, Maria Bargas, Francisca Sancho, y Juana Pellegrero.

Ejercicios del número 8.º

Ha resuelto todos, D. Pantaleon Franco, y á continuacion insertamos la solucion á la charada de L. C. y C.

1.º

Dice V. que en mi charada
Dos sílabas hay no mas,
Y la primera es el *mi*
de la escala musical.

La segunda allá en la iglesia
Es cierto que se hallará,
Pues sin *sal* á ningun niño
Se podria bautizar.

Convinando ambas palabras
Me ha resultado *MISAL*,
Por cierto muy necesario
Para poder celebrar.

P. Franco.

2.º

Solucion á la charada de A. V.

De aquesta charadita
Que Vila supo hacer,
La solucion en verso
Le quiero dar tambien.

La primera y segunda
Dices, (y está muy bien)

La hallaré en los tejares
Sin duda *teja* es.

Y la tercera sola
Signo musical es,
El *do*, que es el primero....
Cabalito! este es.

El todo amigo Vila
Creo *tejado* es,
Porque sobre las casas
Què otra cosa ha de haber?
Además es preciso,
Y principal tambien.

Eusebio Blasco.

Han resuelto tambien los ejercicios, D. Baldomero Bernal, Rafael Serichol, Cesáreo Medrano, Gerónimo Fuentes, Carlos y Andrés Vila, Ensebio Blasco, Ciro Warleta, Mariano Muñoz, Francisco Velas de Medrano y Gerardo Blanco.

NIÑAS. D.^a Pilar Royo, Constanca Fondevilla, Maria Bargas, Francisca Sancho, Blasa Ordiñola, Rosa Montejo, Joaquina Campos, y Enriqueta Magdalena.

ZADAGOZA.

Imprenta del Instructor á cargo de Santiago Ballés.
Arco de Cineja, n. 66.—1856.